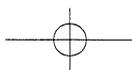
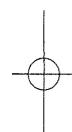
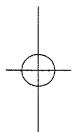


Lecciones de seducción



Emma Wildes
Lecciones de seducción

Traducción de
Montse Roca

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, lo que garantiza una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los bosques primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Lessons from a Scarlet Lady*

Primera edición: junio, 2010

- © 2010, Katherine Smith
Publicado por acuerdo con la autora, representada por Baror International, Inc., Armonk, Nueva York, Estados Unidos.
- © 2010, de la presente edición para España y América Latina: Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
- © 2010, Montserrat Roca Comet, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

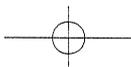
ISBN: 978-84-01-38202-1
Depósito legal: B. 18.385-2010

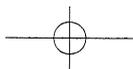
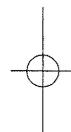
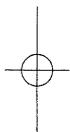
Compuesto en Revertex, S. L.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex
Crta. BV2241, km 7,4
08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

L 3 8 2 0 2 1

*Para tía Jan y tío Mick,
con cariño y un guiño travieso.*





Prólogo

Si no habéis captado su atención desde el primer momento,
¿cómo vais a conservarla?

Prólogo íntegro de *Los consejos de lady Rothburg*,
publicados en 1802

Como ella había imaginado y esperado, el vestíbulo estaba a reborar de personas ataviadas con sus mejores galas, que revoloteaban como aves luciendo su más brillante plumaje. Brianna Northfield dejó que su marido le retirara con delicadeza la capa de terciopelo de los hombros, y siguió dándole la espalda a propósito mientras sonreía y saludaba a diversos conocidos entre el gentío. Él entregó la prenda al encargado del guardarropa y se puso a charlar con lord Bassford, un viejo amigo, mientras ella esperaba estratégicamente sin darse la vuelta.

Ese era el primer paso de un plan que, desde luego, esperaba que funcionase, porque se sentía muy expuesta.

Muy, muy expuesta.

Colton terminó de hablar, la cogió del brazo y, por suerte, dirigió la mirada a la multitud, buscando un resquicio para abrirse camino hasta su palco privado.

—Por aquí, querida. Me parece que podremos colarnos por donde está el conde de Farrington.

—No conozco a la joven que le acompaña —murmuró ella,

fijándose en el llamativo cabello y la figura exuberante de la damita—. Dios santo, si tiene edad para ser su padre.

—Me parece que es su amante actual —dijo su marido con frialdad mientras avanzaban entre la muchedumbre—. Estoy convencido de que la ha traído a la ópera solo para molestar a su esposa. La discreción nunca ha sido el punto fuerte de Farrington.

A Brianna no le pasó inadvertido el tono de censura en la voz de su marido, pero al menos no iba dirigido contra ella. Es decir, todavía no. En los tres meses que llevaban casados había aprendido que Colton Northfield, quinto duque de Rolthven, estaba en contra de exhibir en público la vida privada de cada uno.

Si tuviera una amante, seguro que no saldría con ella, ni alardearía de su aventura ante toda la buena sociedad londinense. Tampoco perjudicaría a su esposa, ni la humillaría a sabiendas. Brianna solo rogaba que él no tuviese una amante, y deseaba también que nunca sintiera la necesidad de tenerla.

Él la cogió del brazo con ligereza y la condujo por la escalera alfombrada que subía hasta un elegante palco con vistas al centro del escenario. La gente se volvía al verles pasar, otros amigos les saludaron, y Brianna se dio cuenta de que más de un caballero se entretenía en observarla y que diversas damas arqueaban las cejas.

Bien. Al fin y al cabo deseaba impresionar, y esas prolongadas miradas masculinas indicaban que, sin duda, lo había conseguido.

Notó el momento en el que Colton se percató del vestido. Estaban en mitad de la escalera y él titubeó y tensó los dedos. Se quedó inmóvil con un pie en el siguiente escalón y los ojos fijos en su escote.

—Dios bendito, ¿qué llevas puesto?

—¿Te parece apropiado pararte en la escalera y mirarme el busto con tanta atención? —le preguntó con una tranquilidad que de hecho no sentía, mientras subía el siguiente peldaño con decisión—. Es la última creación de madame Ellen y sí, puede

que el escote sea excesivo, pero estoy convencida de que tengo la figura adecuada para llevarlo.

Su marido se quedó quieto un momento, sin apartar los ojos centelleantes de las curvas marfileñas que emergían por encima de la tela del corpiño, mostrando la parte superior en su totalidad.

—Es cierto que puedes lucirlo, pero tal vez deberías haberte preguntado si debes. O mejor aún, habérmelo preguntado a mí —masculló en voz baja.

¿Consultarle a él sobre moda? Como si eso le importara. Aunque vestía de modo impecable, nunca hacía el menor comentario sobre la ropa que llevaba ella.

—Colton —susurró Brianna—, la gente nos mira preguntándose si estaremos discutiendo en público.

—Podría ser —musitó él—. ¿Has perdido la cabeza?

¿El duque de Rolthven riñendo con su esposa, y encima en la escalera de la ópera? Jamás. Ella había escogido ese lugar porque confiaba de pleno en el arraigado sentido de la corrección de su marido. A él le horrorizaba la idea de dar un espectáculo. Brianna se esforzó por sonreír con una serenidad de lo más falsa, pues notaba un rubor en las mejillas y el latido del pulso en la garganta.

—En absoluto. ¿Ocupamos nuestros asientos?

Él masculló una maldición, le sujetó la muñeca con sus largos dedos y la obligó a subir casi a rastras el resto del camino. Recorrió a toda prisa la galería y entró en su palco privado. Era difícil interpretar su expresión, pero mientras la acomodaba en su butaca y tomaba asiento a su lado, su boca se había transformado en una línea tensa.

El teatro estaba tan repleto como siempre; las arañas gigantes centelleaban y de los palcos dorados llegaba el zumbido de cientos de conversaciones. La gente acudía no tanto para disfrutar de la obra musical, como para ser vistos y observar a los demás, cosa que su marido sabía muy bien.

—Supongo que como ya estamos aquí, envolverte en la capa y llevarte fuera provocaría comentarios —dijo sardónico, ex-

tendiendo sus largas piernas—. Sé que suelen fijarse en nosotros cuando entramos, pero no entendía por qué llamábamos tanto la atención cuando atravesábamos el vestíbulo. Ahora lo comprendo muy bien. Imagino que esta noche habrá más prismáticos dirigidos hacia tus senos tan generosamente expuestos que hacia el escenario. ¿En qué pensabas, madame, cuando escogiste un traje tan escandaloso?

«En seducirte», pensó ella al mirarle. Esa noche, el apuesto rostro de Colton tenía un atractivo tan devastador como siempre, aunque frunciera el ceño y hubiese una mueca de reproche en sus sensuales labios. Era alto, tenía el cabello castaño y abundante, una figura esbelta y atlética, y en las raras ocasiones en que sonreía, todas las mujeres presentes experimentaban un ligero rubor. Sus pómulos pronunciados le daban cierto aire de arrogancia, tenía la nariz recta y el perfil de la mandíbula muy bien dibujado. Cuando Brianna le vio por primera vez se quedó deslumbrada ante aquella belleza innegable, y la verdad es que, en cuanto él empezó a mostrar interés por ella, se enamoró hasta perder la cabeza, como la doncella de una fábula romántica.

Pero había ciertos aspectos de su matrimonio que no había previsto. Como príncipe de cuento, Colton tenía algunos defectos. Era uno de los hombres más ricos de Inglaterra, tenía un poder político enorme, y lo cierto es que su origen ilustre encandilaba a cualquier debutante ingenua, pero lo que ella no había imaginado era que le concediera una parte tan pequeña de su tiempo desde que la había convertido en su esposa.

Claro que Colton no se había casado con la jovencita ingenua y sumisa que, como ella sospechaba, él creía haber elegido.

Con tanta compostura como pudo, Brianna contestó:

—Muchas mujeres han acudido a la velada con vestidos a la moda tan escotados como el mío. Creí que te gustaría.

—¿Que todos los hombres de Londres se coman con los ojos el busto desnudo de mi esposa? —Levantó las cejas, pero volvió a desviar la mirada hacia abajo—. Piénsalo mejor, querida.

—En realidad —repuso ella con un destello de esperanza

pues, aunque se le notaba molesto, era incapaz de apartar la vista—, pensé que tal vez te gustaría cómo me queda el vestido.

Por un momento, Colton pareció sorprendido y entornó un segundo los ojos.

—Estás preciosa y arrebatadora, Brianna, y tu aspecto siempre me parece fascinador. ¿Por qué crees que me casé contigo?

Eso no era lo que ella quería oír. Era exactamente lo que no quería oír. Brianna agitó el abanico con furia.

—Espero, excelencia, que no te casaras conmigo solo para acudir a actos como este con un objeto bonito del brazo. Soy una persona, soy una mujer y soy tu esposa.

Su reproche provocó que en la cara del duque asomara una expresión de desconcierto poco habitual en él.

—Puede que no me haya expresado bien. Me refiero a que tú siempre me resultas atractiva. Sin necesidad de que vayas medio desnuda.

—Pues demuéstalo.

—¿Cómo dices? —Él arqueó de pronto una ceja y se quedó mirándola, perplejo.

Bien. Ahora disponía de toda su atención. Por lo general, Colton solo parecía vagamente consciente de la presencia de Brianna. Era un hombre ocupado, y ella comprendía y aceptaba que las responsabilidades de título y fortuna acapararan buena parte de su tiempo. Pero cuando estaban los dos juntos quería saber que su esposo, como mínimo, gozaba con su compañía. Ambos se estaban adaptando aún al matrimonio, o cuando menos ella, porque no había notado que él cambiara demasiado su rutina ahora que tenía esposa. Seguía trabajando casi todo el día, seguía yendo al club, y seguía pasando más tiempo en salas de juego y bailes y veladas que con ella. Muchas parejas de la alta sociedad llevaban vidas separadas. Pero eso no era lo que Brianna quería para sí, y, para cambiar su actitud sobre ese particular, estaba decidida a que él se fijara en ella de verdad.

La orquesta empezó a animarse. Levantando la voz para que Colton oyera sus palabras y sin preocuparse de los ocupantes de los palcos vecinos, Brianna dijo con claridad:

—Esta noche quiero que me demuestres que te parezco atractiva.

—¿De qué demonios estás hablando?

Brianna miró de frente a su esposo y lanzó un leve suspiro.

—Me preocupaba que dijeras algo idéntico a esto.

Las mujeres eran unas criaturas muy imprevisibles, irracionales y emotivas, meditó Colton Northfield sombrío, sin hacer demasiado caso de la obra de Herr Mozart. Observó con aire indolente el escenario, donde bailarinas con ropas vistosas danzaban al ritmo de las mismas alegres melodías que ya había oído miles de veces. A su lado, su encantadora esposa, embelesada, agitaba con languidez el abanico para mitigar el bochorno de aquella sala inmensa. Unos mechones de cabello sedoso y de un dorado tenue acariciaban su cuello grácil, y su rostro delicado parecía algo ruborizado por el calor.

Colton no había mentido: era una de las mujeres más hermosas que había visto jamás, y él la había deseado con pasión desde el momento mismo en que les habían presentado hacía casi un año. El noviazgo, el compromiso y la vida de casado no habían cambiado eso en lo más mínimo. Incluso ahora, esa carne opulenta que temblaba y desbordaba la parte superior del corpiño de ese modelo marfil que, dijera lo que dijese ella, rozaba lo escandaloso, incrementaba de una manera incómoda su erección, confinada en unos pantalones ajustados.

¿Qué estaba gestándose exactamente en esa preciosa cabeza? Si se lo hubieran preguntado antes de aquella velada, Colton habría dicho que, de las jóvenes que conocía, Brianna sería la última en ponerse algo tan descarado. Solía ser muy recatada. A veces incluso demasiado, aunque lo cierto es que aún era ingenua y poco experimentada. Él había controlado su deseo carnal tanto como pudo, para que la actividad amorosa entre ambos fuera una experiencia contenida, intentando que ella se familiarizara con la intimidad del acto y perdiese sus comprensibles inhibiciones.

Aunque lo cierto es que aquella noche no se mostraba inhibida en absoluto, y a él eso le afectaba de un modo sorprendente. Debería estar molesto con ella por el atuendo que había elegido para una aparición pública como aquella. De hecho lo estaba, molesto... y algo más.

Intrigado.

Brianna se inclinó hacia delante y levantó los prismáticos dorados para ver mejor el escenario. El montículo de carne contenido apenas por el corpiño ponía a prueba la tela del vestido, y él habría jurado que vislumbraba el contorno de un pezón rosado, perfecto.

Incapaz de dejar de pensar en el desafío inesperado de Brianna, de pronto se preguntó si había llevado las cosas por el camino equivocado. No es que aprobara en ningún sentido que apareciese en público medio desnuda, pero admiraba la vista. La verdad es que tenía unos pechos encantadores, rotundos y flexibles, y el color virginal del vestido, en contraste con aquel escote pecaminoso, provocaba efectos interesantes en la zona que él tenía por debajo de la cintura.

Efectos muy interesantes.

—La soprano es espectacular, ¿no te parece? —Su esposa había bajado los prismáticos y sonreía. Sus ojos azul oscuro, enmarcados por unas largas pestañas, seguían fijos en la representación.

A él le resultó difícil contestar, puesto que apenas había prestado atención a la obra.

«Tú sí que eres espectacular.»

Colton balbuceó una respuesta muy poco brillante, en un tono poco comprometedor:

—Sí, tiene un gran talento.

—La última aria ha sido magnífica.

Lo que era magnífico era la delicada curva de los hombros desnudos de Brianna y la perfección de su piel sin mácula. Por no hablar de su boca, de un rosa pálido y seductor, y del contraste entre el tono más oscuro de las cejas y el lustre dorado de su cabello...

Dios bendito, se reprendió Colton con cierta ironía, ¿qué estaba haciendo? Las comparaciones poéticas y los pensamientos lascivos mientras estaba sentado en su palco privado de la ópera no formaban parte de su carácter en absoluto.

Se esforzó en prestar atención a la representación. O al menos lo intentó.

Creyó que pasaba una eternidad hasta que cesó la música y empezó el éxodo caótico del teatro. Aprovechó que era alto para localizar la salida adecuada, y escoltó a su esposa al exterior tan aprisa como pudo para evitar los comentarios sobre el atuendo de Brianna y, tenía que ser honesto consigo mismo, impedir que otros varones tuvieran la oportunidad de experimentar un placer similar ante sus innegables encantos. Cumplimentó del modo más expeditivo posible el habitual intercambio de cortesías con los amigos con quienes se cruzaron, mientras esperaba con impaciencia que le devolvieran la capa. En cuanto el encargado del guardarropa se la entregó, la colocó alrededor de los hombros de Brianna con una intensa sensación de alivio.

—Mi carruaje, por favor —dijo en tono cortante a un lacayo joven, que se inclinó y que por lo visto captó la premura de su voz pues casi salió corriendo a cumplir sus órdenes.

—¿Tienes prisa? —preguntó Brianna.

La pregunta parecía bastante inocente, pensó Colton con recelo, mientras aguardaba que les trajeran el vehículo, pero no estaba seguro de que lo fuera. Era evidente que Brianna le había sorprendido aquella noche.

—No me apetece tener que hacer una cola interminable —mintió.

—Resulta aburrido —corroboró ella y dejó que el rebozo se deslizase apenas sobre sus hombros, lo bastante para que quedara a la vista lo que él quería cubrir—. Vaya, qué calor hace esta noche, ¿verdad?

Él, en efecto, sudaba y no estaba del todo convencido de que fuera la temperatura exterior lo que le provocaba dicha incomodidad.

En cuanto llegó el carruaje ayudó a su esposa a entrar, lue-

go se acomodó en el asiento opuesto, y golpeó el techo con contundencia para avisar al cochero.

En la penumbra del interior del vehículo, Brianna, con la capa abierta mostrando la carne suntuosa que casi rebosaba la parte frontal del vestido que brillaba con luz trémula, tenía un aspecto más tentador que nunca. Él carraspeó.

—¿Disfrutaste del espectáculo, querida? —dijo.

—Sí —respondió ella en voz queda, y le miró por debajo de sus largas pestañas con un aire provocativo que Colton no le había visto nunca. Cada vez que respiraba, sus pechos amenazaban con reventar los inadecuados confines del traje y liberarse—. ¿A ti te gustó?

Estaba absorto. O seguía absorto. Demonios, ¿acababa de hacerle ella una pregunta?

La mínima educación exigía contestar.

—El espectáculo era espléndido —dijo con sequedad, abandonando cualquier intento de disimular su lujuria—. Y sí, la ópera también me pareció entretenida.

Ella sonrió con un aire que no era en absoluto el de la joven ingenua con quien se había casado. Era, por el contrario, propio de una mujer sensual y seductora hasta la médula.

—Si yo puedo entretenerte en algún sentido, por favor no tengas ningún pudor en sacar provecho de ello. Ahora estaría muy bien.

—¿Ahora? —repitió él preguntándose si se refería a lo que creía que se refería.

—Ahora. —Y ella acentuó la sonrisa.

Oh sí, se refería a eso.

En algún lugar recóndito de su mente le molestaba que Brianna supiera hasta qué punto le había perturbado. Pero no era esa parte la que llevaba el control en aquel momento. La que mandaba ahora era otra zona de su cuerpo.

Intentó no moverse. Al fin y al cabo, cometer una indiscreción en el interior de un carruaje era indigno. Pero de pronto, eso a Colton le resultó del todo indiferente. Se inclinó hacia delante, cogió a Brianna en brazos y se instaló de nuevo en el

asiento con ella en el regazo. Bajó la cabeza, la besó con ansia, exploró su boca con la lengua y saboreó todos los dulces rincones. Ella respondió con igual abandono, le echó los brazos al cuello y apretó su cuerpo esbelto y voluptuoso contra él. Sin apartarse de la boca de Brianna, él retiró la ropa que cubría un hombro contorneado y un seno desnudo, y su mano se colmó con aquel peso leve y flexible.

«Perfecto.»

Todo se desvaneció. El traqueteo de las ruedas del vehículo que circulaba por la calle adoquinada, la noche cálida... todo, excepto la pulsante rigidez de su miembro. Cuando al fin dejó de besarla y deslizó la boca a lo largo de su grácil cuello, la oyó respirar de forma errática. Sus labios se demoraron un momento en ese punto donde le latía el pulso, leve y desbocado. Brianna hizo un ruidito y dejó caer la cabeza sobre el hombro cuando él rodeó con el pulgar la cumbre erótica del pezón rosado.

—Colton... Oh, sí.

Tenía la piel suave, tersa e infinitamente femenina. Le desabrochó los cierres de la espalda del vestido, que en cuestión de segundos cayó a la altura de la cintura de Brianna. Lamió el tentador valle entre sus pechos, besó los sensuales montículos, succionó sus pezones hasta que estuvieron erectos y duros, y sintió que su encantadora esposa estaba excitada cuando se pegó a él y susurró su nombre.

El carruaje ducal tenía unos asientos amplios y cómodos, cosa que Colton jamás antes había valorado en especial.

—No puedo creer que esté haciendo esto pero, que Dios me ayude, Brianna, he de tenerte —dijo con voz entrecortada y tumbándola sobre el asiento.

—Yo también te deseo.

El cabello se le había soltado y enmarcaba su rostro como una catarata de seda. Sus hombros parecían de marfil bajo las sombras, y sus pechos, desnudos y tensos, se agitaban a merced de los movimientos del vehículo. Él creyó que se quedaría sin respiración cuando ella se inclinó para subirse las faldas por encima de la cintura, y descubrió unas piernas largas y delicio-

sas con ligas y medias de seda. El vello púbico era un pequeño triángulo dorado entre sus muslos blancos y, mientras él se quitaba la chaqueta, ella separó las piernas a modo de erótica invitación.

Tan ardiente era su premura que Colton, sintiendo que estallaría en cualquier momento, aceptó encantado mientras seguía tirando del cierre de los pantalones. Liberó su vibrante erección, se inclinó sobre el cuerpo semidesnudo y expuesto de su esposa, y se acomodó entre sus muslos separados. Apuntalándose con una mano sobre la tapicería del asiento, guió su miembro rígido hacia la hendidura y descubrió a Brianna húmeda y dispuesta a que la penetrara. Mientras él embestía en el interior de su cuerpo, ella se le agarró a los hombros y un gemido sordo brotó de su garganta.

Era tan, tan placentero, pensó enfebrecido de pasión, sin preocuparse siquiera de decirle que fuera discreta. En circunstancias normales, le habría horrorizado la idea de que su cochero les oyera hacer el amor, pero en ese momento no le importó lo más mínimo. Ensimismado, penetró de nuevo con prolongados envites en el pasaje tenso que ella le ofrecía, y adaptó el bombeo de la parte inferior de su cuerpo al balanceo del vehículo.

Ella se arqueaba y subía las caderas para cada penetración, con los ojos cerrados y las pestañas oscuras y largas pegadas a sus mejillas ruborizadas. Mientras el ritmo se aceleraba, Colton notó a través de la tela delicada de la camisa que ella le pellizcaba con más fuerza, y descubrió atónito que iba a llegar al clímax sin mayor estimulación. Brianna emitió un chillido quedo, se arqueó con frenesí y sus músculos internos empezaron a tensarse y a contraerse.

Aquello llevó a Colton casi al límite. Penetró más adentro y estalló con tal intensidad que su cuerpo se estremeció. Se quedó inmóvil, prisionero del placer que le retenía, mientras la inundaba con su semilla y jadeaba su nombre.

Cuando al fin recuperó el aliento se dio cuenta de dos cosas. La primera, que su bellísima esposa le miraba con una sonrisa que solo podía describirse como triunfante.

La segunda, que el vehículo que ocupaban en ese estado de semidesnudez escandalosa estaba deteniéndose.

—Maldición —masculló sin dar crédito. ¿Acababa de tomar a su esposa en un carruaje en marcha, como un adolescente libidinoso?

1

Los hombres desean entendernos, pero solo en un sentido muy abstracto. Según ellos, la volatilidad de nuestras emociones nos convierte en unas criaturas demasiado complicadas para poder comprendernos del todo. Debo admitir que, hasta cierto punto, tienen razón. Los hombres se enfrentan a la vida de un modo muy directo. Algo que nos conviene recordar en nuestro provecho. Las mujeres, por su parte, se entienden muy bien entre sí.

Del capítulo titulado
«Su realidad frente a nuestras ilusiones»

El sol de media tarde se colaba a través de los ventanales y caía en haces sesgados sobre la lujosa alfombra. Las cristaleras estaban abiertas a los jardines, y el aroma de las rosas en flor inundaba el aire. Rebecca Marston, sentada frente a Brianna, levantó una ceja.

—Pareces rara, Bri —dijo con aire suspicaz—. ¿Estás escuchando la conversación, siquiera?

—Yo pienso lo mismo —intervino Arabella Smythe, condesa de Bonham. Menuda y bonita, estaba sentada en el borde de una butaca de tapicería exquisita, con su cabellera de ébano recogida con recato en la nuca, y la misma pregunta escrita en sus encantadores ojos oscuros—. Pareces muy distraída.

—¿De veras? —A Brianna le resultó imposible fingir inocencia y se echó a reír. Sus amigas, reunidas en la salita informal de Arabella para tomar el té y charlar, tenían bastante razón. Hacía un buen rato que había perdido el hilo de su cháchara sobre las últimas tendencias de la moda.

La velada anterior había sido un... éxito. Ella incluso lo calificaría de revelación. ¿Cómo diablos podía pensar en eso sin sonreír?

Bien, era imposible.

—Sí. Extraña como un gato que se ha comido el canario. —Rebecca se sentaba ahora algo más erguida, en un sofá de brocado. Era una morenita alta y esbelta con facciones femeninas y una figura envidiable. Era muy común que los caballeros se confesaran enamorados de ella, pero a pesar de la insistencia paterna para que se casara pronto, ella aún no había encontrado a nadie que le conviniese. Esta era su segunda temporada, y ello la convertía en una especie de desafío para los jóvenes de la buena sociedad—. ¿Qué ha pasado? —preguntó.

Las tres habían sido muy buenas amigas desde niñas, y aunque Brianna intentó adoptar una expresión anodina, no lo consiguió.

—¿Qué os hace pensar que ha pasado algo?

Las otras dos intercambiaron una mirada y después dirigieron la vista de nuevo hacia ella.

—Llámalo una conjetura —dijo Arabella con sequedad—. Las dos te conocemos y yo ya he visto antes esa expresión. Me recuerda la vez que fuimos a explorar la abadía en ruinas a medianoche esperando encontrar fantasmas y nos pillaron al volver. Tú te inventaste un cuento y conseguiste que mi institutriz se lo creyera no sé cómo. —Y añadió—: Pero nosotras sabíamos muy bien que en realidad éramos culpables de habernos saltado las normas.

Brianna lo recordaba y murmuró con humor mientras cogía la taza de té:

—Sí, pero conseguí que no nos castigaran, ¿verdad?

—Tenías mucha labia —comentó Rebecca—. Pero no inten-

tes aplicar esa triquiñuela con nosotras. Dinos, ¿por qué mirabas por la ventana con esa peculiar sonrisa de complacencia?

Brianna no estaba en absoluto segura de si debía contarles la verdad. Era un secreto tremendamente escandaloso. No obstante, confiaba en sus dos amigas más que en nadie en el mundo.

—¿Bri? —dijo Rebecca.

—Volví y lo compré —confesó ella.

Sus dos amigas se quedaron con las tazas de té suspendidas entre las manos, perplejas.

Les dio más detalles.

—Volví a esa pequeña librería y compré *Los consejos de lady Rothburg*.

Arabella abrió la boca, atónita, y Rebecca se atragantó.

Brianna levantó la palma de la mano con un gesto de súplica.

—Antes de que digáis nada, dejad que os explique que funcionó. Los consejos que da el libro no tienen precio. Leí el primer capítulo y fue de lo más instructivo. Deberíais haber visto a Colton. Creo que a mitad de la ópera dejó de mirar el escenario y pasó a fijarse solo en mí. Bien, en cierta parte de mí en cualquier caso.

—¿Qué parte? Dios santo, Bri, ¿qué demonios estás haciendo? —Arabella le prestaba tan poca atención a su taza de té que estuvo a punto de derramar el resto del contenido—. ¿Tienes idea de lo indignado que estaría mi marido si yo estuviera en posesión de ese libro? Y perdona por el comentario, pero creo que Andrew es más indulgente que Rolthven.

Era probable que el complaciente marido de su amiga fuera más tolerante, pero Brianna no pudo evitar recordar la impetuosa pasión de Colton en el carruaje. Parecía incapaz de reprimirse, y ese era el efecto preciso que ella deseaba.

—Al principio se sobresaltó mucho, pero luego diría que... se adaptó.

—¿Se adaptó a qué? —preguntó Rebecca con un destello en sus ojos verdes—. Deja ya ese maldito misterio y empieza a contarnos.

Brianna se arregló las faldas con decoro.

—Bien, el primer capítulo sugiere que un atavío discreto resulta muy apropiado si deseas asistir a un servicio religioso o a la reunión social de una tía abuela, pero si lo que una pretende es atraer la mirada de su esposo, debe ser un poco descarada.

—¿Descarada cómo? —preguntó Arabella.

—Bastante descarada. —Brianna notó que se ruborizaba—. Mi escote era muy atrevido, lo reconozco, pero aunque Colton se enfadó porque llevaba un vestido muy descocado, noté que también estaba intrigado, y lo que pasó más tarde lo confirmó. Al principio estaba indignado, pero ya era tarde para llevarme a rastras a casa, y con eso habría provocado que todo el mundo murmurara, y ya sabéis que él odia ese tipo de cosas. Debo decir, en cambio, que... le estimuló bastante la idea de una prenda que le facilitaba tanto el acceso.

—Debes de estar de broma. El duque es siempre muy correcto y comedido. Cuando la gente habla de Rolthven, lo cual sucede a menudo, porque todos sabemos que tu marido es un hombre importante, siempre lo hace con el máximo respeto por su contención.

—Bien, pues anoche la dejé de lado, por una vez. —Brianna bajó un punto la voz—. Cuando volvimos a casa en el carruaje, me tomó con desenfreno y yo disfruté de cada segundo. Aunque debo decir que fue un poco embarazoso apearse con un desaliño tan evidente —añadió, recordando que su marido apenas tuvo tiempo de abrocharse los pantalones y de ayudarla a volver a vestirse con prisas, antes de que un lacayo abriera la puerta y le provocase un ardor aún mayor en las mejillas. Tenía el pelo suelto y la capa seguía tirada en el suelo, de modo que no había dudas sobre qué habían estado haciendo.

Arabella depositó la taza en el plato con tanta brusquedad que trastabilló. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿En el carruaje? ¿El duque? Oh, cielos.

—Fue maravilloso —dijo Brianna con franqueza—. Colton aparenta ser muy digno y convencional, pero esa no es su verdadera personalidad. Creo que siempre ha pensado que yo me escandalizaría si él expresase sin tapujos su naturaleza apasionada.

Es más, sé que le educaron en el convencimiento de que sería duque y que su elevada posición social exigía cierto decoro. Cuando me cortejó apenas me arrancó un par de besos castos, aunque yo sabía que él deseaba más, mucho más. —Bajó un poco las pestañas y agregó—: Hay algunas cosas que un hombre no puede ocultar con esos pantalones ceñidos tan en boga hoy en día.

Arabella suspiró, se recostó de nuevo en la butaca y ajustó la manga de su liviano vestido azul.

—A Andrew jamás se le ocurriría algo como hacerme el amor en nuestro carruaje.

—A Colton tampoco, a menos que le incitara a ello, créeme. —Brianna se inclinó hacia delante—. Pero es agradable que se le pueda incitar. Estoy descubriendo que el libro de lady Rothburg es bastante acertado. Lo que las mujeres consideran romántico y la definición que tiene ese mismo término para los hombres son dos cosas muy distintas. Colton es muy cumplidor y me regala joyas y flores y cosas así, pero estoy convencida de que le asombraría mucho saber que me complacería más con una sonrisa cariñosa o un beso tierno que con un broche de diamantes. Ni siquiera cae en ello, sencillamente.

—Como soy la única soltera, esta conversación me parece fascinante. ¿Tú vas a educarle, según entiendo? —Rebecca arqueó una ceja—. Aún no tengo marido, pero empiezo a comprender cómo funciona todo esto. Somos como enemigos que viven en el mismo campamento, y que además están obligados a ser aliados.

—Más o menos —confirmó Brianna con una carcajada leve—. Digamos que existe un territorio común, y que yo voy a trabajar para que Colton y yo lo descubramos. Si los hombres, como dice el libro, definen el romance como un intercambio sexual, pienso asegurarme de que él sepa que soy muy romántica. Me niego a que mi marido mire hacia otra parte porque me considere aburrida en la cama.

—Eres una idealista sin remedio. Los hombres como Rolthven no caen de rodillas y se declaran locamente enamorados. —Arabella meneó la cabeza—. No lo necesitan, Bri.

Brianna había descubierto que el mundo privilegiado en que se había educado y se movía su marido le presentaba ciertos problemas. De ahí esa adquisición secreta.

—Mi hermana y su marido son un matrimonio muy feliz —dijo confiando no expresar melancolía—. Deberíais verles juntos. A veces se limitan a intercambiar una sonrisa, pero el afecto es muy obvio. Henry la adora y Lea se casó con él a pesar de que no era más que un abogado. Mis padres no lo aprobaban, pero mi hermana estaba enamorada y la verdad es que su modesto hogar es uno mis lugares favoritos para ir de visita. Me gustaría que en mi casa hubiera la misma calidez.

Era un tanto inadecuado decir que la mansión londinense de Colton era una casa. Una residencia palaciega, quizá, pero una casa y un hogar... bueno, no. Y Rolthven, la propiedad campes- tre, era aún mayor.

Tal vez Brianna sí era una idealista.

—¿Qué otras cosas dice lady Rothburg? —Parecía que Rebecca tenía más que un somero interés.

—Seguro que nada que debamos leer nosotras, ni mucho menos repetir. Ese libro —afirmó Arabella, apuntando a Brianna con la cuchara de forma elocuente— es algo que dudo que tu guapísimo, pero respetable, marido querría que tuvieras. Sigue pareciéndome increíble que lo encontraras en esa lúgubre ten- ducha, y mucho más que lo comprases.

Era verdad. La obra de lady Rothburg había sido prohibi- da unos diez años atrás, cuando se publicó por primera vez. A Brianna le había intrigado aquel ejemplar maltrecho, y en cuanto lo abrió supo que esa compra secreta había sido una de- cisión acertada.

—Es de lo más instructivo y va en beneficio exclusivo de nuestro matrimonio. ¿Por qué debería importarle que lo leyera? —preguntó con mucha calma.

—Porque es escandaloso, solo trata de la seducción y el com- portamiento licencioso, y está escrito nada menos que por una notoria cortesana —dijo su amiga con remilgo.

Aquello era cierto. Colton se indignaría si se enterase de que

ella poseía aquel librito, y se limitaría a ordenar que se deshicié-
ra de él al instante.

Impasible, Brianna se inclinó para coger un pastelito de li-
món de una bandejita del carrito del té.

—Puede que sea así, pero por lo visto le gustó el consejo que
da el capítulo primero. —Dio un mordisquito al dulce, masticó
con mucho refinamiento, se lo tragó y añadió—: Y deberíais ver
lo que sugiere el segundo capítulo.

El club White's estaba abarrotado, pero la verdad es que siem-
pre lo estaba. Colton entregó el capote al camarero y se dirigió
a su mesa favorita. Su hermano menor, Robert, ya estaba allí
con un coñac en la mano y repantigado en una butaca. Había un
periódico muy bien doblado junto a la licorera, al que cuando
Colton se aproximaba dio un golpecito con el dedo.

—Veo que tu hermosa duquesa se ha ganado un par de pá-
rrafos en las páginas de sociedad —dijo Robert con una sonrisa.

Colton hizo una mueca, apartó una butaca, se sentó y cogió
la licorera y una copa.

—Eso tengo entendido.

—En un lugar muy destacado —continuó Robert.

Colton odiaba las columnas de chismes, pero sabía que el
escote de Brianna no pasaría desapercibido.

—Casi me da miedo preguntar, pero ¿qué dice?

Robert era tres años más joven y un amigo tanto como un
hermano. Tenía el cabello algo más claro, de un rubio oscuro
más que castaño, y los mismos ojos azul cielo de la familia
Northfield. En ese momento estaban muy abiertos, vivaces y
risueños.

—No es para tanto, Colt. Se limitan a mencionar... esto...
que sus atributos femeninos aparecían expuestos de un modo que
atraía las miradas. Eso es todo. Ah sí, y especulan sobre si ello
marcará o no tendencia entre las jovencitas de la alta sociedad.

—Brianna no hará nada parecido a eso —masculló Colton,
sirviéndose una generosa cantidad de coñac—. La única razón

por la que lució esa prenda en público es porque yo no me di cuenta a tiempo. No vi ese atrevido vestido hasta que estuvimos en la ópera y el daño ya estaba hecho.

—¿Cómo es posible que no lo vieras? —Robert hizo una mueca y apoyó la espalda en el respaldo—. Perdona que lo pregunte, pero para serte franco llevaba un atuendo que jamás pasaría desapercibido.

Era una buena pregunta. Colton se la había formulado a posteriori, cuando aún no había salido de su asombro por haber actuado de un modo tan imprudente en el carruaje, de camino a casa. Estuvo a punto de que un lacayo le pescara literalmente con el culo al aire, y estaba seguro de que toda la servidumbre sabía lo que había pasado entre él y su preciosa, joven y desconcertante esposa. Debería dar las gracias de que ese episodio de la debacle no se hubiera propagado por todo Londres.

—Brianna se retrasó y cuando se reunió conmigo al pie de la escalera antes de salir ya llevaba puesta la capa —le contó a su hermano—. De no ser así me habría dado cuenta, créeme.

En resumen, estaba bastante seguro de que ella lo había hecho a propósito, para que él no le ordenara que se cambiase. Ese comportamiento era muy extraño, pues hubiera jurado que no era el tipo de mujer que intentaría engañarle en ningún sentido. La evidencia, sin embargo, era irrefutable.

—Brianna aún es joven —comentó Robert, mientras sus estilizados dedos jugaban con el pie de la copa—. Estoy seguro de que no se dio cuenta...

—Se dio perfecta cuenta —interrumpió Colton cortante al recordar la mirada arrobada de su esposa cuando él vio por primera vez el vestido—. Pero quédate tranquilo porque no volverá a pasar. Al fin y al cabo, las facturas de su modista las pago yo.

Su hermano enarcó una ceja.

—No soy experto en matrimonios, ni mucho menos, pero conozco a las mujeres y adoptar el papel del marido despótico no me parece prudente.

La mesa del otro extremo de la sala estalló en carcajadas,

pero por suerte estaba muy lejos y Colton quedó convencido de que no era una reacción al comentario de Robert.

—¿Qué se supone que debo hacer, dejar que se vista de esa forma con regularidad? —preguntó en voz baja y a la defensiva—. Opino que no. Es la duquesa de Rolthven. En primer lugar, no sé qué la empujó a actuar así, aunque ella insiste en que se puso esa maldita cosa pensando que me gustaría.

—¿Y fue así?

Colton le lanzó una mirada sardónica desde el otro lado de la mesa.

—Quizá para ponérselo en privado, solo para mí.

—¿Quizá?

—Bien, sí, me pareció favorecedor, pero solo desde un punto de vista masculino muy primario. Como mi esposa, no debería habérselo puesto.

—Ah.

—¿Qué diantre significa eso?

Su hermano se esforzó en disimular la sonrisa y fracasó.

—Veo que Brianna ha conseguido poner nervioso al duque remilgado y correcto que hay en ti. Bien por ella.

Que le llamaran remilgado le molestó de un modo infernal. Le hacía pensar en ancianas de pelo blanco y aire de censura, o en severos pastores presbiterianos, y él no era nada de eso. Sí, Colton creía en un grado mínimo de decoro, al fin y al cabo, era un par del reino y su posición social así se lo exigía.

—No todos amamos la notoriedad, Robbie —apuntó, sin molestarse en ocultar su enfado—, ni tampoco todos podemos saltar del lecho de una dama encantadora al siguiente, sin volver la vista atrás. Yo me tomo en serio mis responsabilidades, y eso incluye mi matrimonio.

Robert, que tenía una reputación de calavera de primer orden, y era famoso por su rotunda oposición al compromiso, no parecía escarmentado y reaccionó en cambio con una risita.

—Estoy convencido de ello. Todo lo que tú asumes, desde la administración de las propiedades hasta tu escaño en la Cámara de los Lores, lo abor das con la misma eficacia y destreza. Pero

afrontémoslo, Colt, hasta ahora nunca has tratado con un ser humano. No a una persona cualquiera, sino a una mujer como esa. Ella no actuará como tú deseas, solo porque lo desees. Puede que ni siquiera haga lo que tú quieras aunque se lo ordenes. Brianna no solo es preciosa, es inteligente, y estoy convencido de que se siente capacitada para tomar sus propias decisiones.

—Eso ya lo sé —replicó dolido Colton—. ¿Quién mejor que yo? No tenía el menor interés en casarme con una muñeca con la cabeza hueca. Admiro su espíritu y su intelecto.

—Entonces te aconsejo que trates este asunto de un modo más sutil que diciéndole a la modista que a partir de ahora te gustaría autorizar sus modelos. Eso resultaría insultante para Brianna y de lo más desacertado, ya que tú detestas los chismes. Si manifiestas que desaprobaste su atuendo, conseguirás que todo el mundo vuelva a hablar de ello. No puedes fiarte de que la costurera siga tus instrucciones y sea discreta.

Pensar que su hermano menor pudiera estar dándole consejos sabios le mortificaba. Y sobre el matrimonio, nada menos, por el cual no había mostrado el mínimo interés. Pero la verdad es que tenía razón. Robert conocía a las mujeres, o debía conocerlas, pues lo cierto era que había degustado los encantos de muchas.

Colton apuró la copa y se sirvió más coñac. Se frotó el mentón y miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Supongamos que, en principio, estoy de acuerdo contigo. Ni que decir tiene que yo prefiero la diplomacia a mostrarme autoritario, pero tampoco me gustaría que su nombre estuviera siempre en boca de otros.

El atractivo rostro de Robert adoptó un aire pensativo.

—Yo diría que persuadirla para que acepte tu punto de vista es mejor que dictar órdenes. Si ella opta por lucir otro modelo escandaloso, decide en el último minuto que no te apetece salir. Dile que te encantaría disfrutarlo en privado. Demuéstraselo. Y así, cada vez que su atuendo sea demasiado osado para que te apetezca compartirlo con todo Londres, os quedaréis en casa. Captará el mensaje enseguida, y si quiere salir se vestirá con más

recato. Si tienes la suerte de que desee quedarse, sospecho que te resultará aún más placentero. Tal como yo lo veo, tienes todas las de ganar.

Para sorpresa de Colton, el consejo de Robert tenía sentido. Al menos no se vería preso del desinhibido arrebató de hacerle el amor a su esposa en un carruaje en marcha, sino que podría subir la escalera con ella con toda corrección, y cerrar la puerta de su alcoba. No es que aquel episodio no hubiera sido de lo más placentero, pero no le había gustado nada que estuvieran a punto de pillarle en plena acción. Habría preferido poder tomarse su tiempo, sobre todo con alguien tan cautivador como Brianna.

Miró a su hermano por encima del borde de la copa y aspiró el aroma tentador que emanaba aquel excelente coñac.

—La verdad es que eso me parece una solución viable.

Robert extendió las manos con un gesto de modestia y una sonrisa pícaro.

—Me gusta mucho más tratar este asunto que esos temas áridos a los que sueles dedicarte, o cosas peores como tu última reunión con los abogados para cerrar un acuerdo financiero. ¿Qué puede ser más fascinante que charlar sobre mujeres?

Hablaba como un auténtico libertino. Colton no podía permitirse el lujo de pasarse todo el día sentado, imaginando cómo aplacar a su última enamorada como hacía su hermano menor, pero, ya que Robert había expuesto un punto de vista tan civilizado, tal vez le hiciera alguna consulta más en el futuro.

—Creo que no me había parado a pensarlo de ese modo, aunque yo no gozo de tu libertad —murmuró, y se terminó la copa.

—Eso es verdad —reconoció Robert muy complacido, mientras cogía la licorero—. Ser duque debe de ser una carga espantosa. Es muchísimo mejor ser el tercero en la línea de sucesión, y cuando tengas un heredero no seré ni siquiera eso.

Claro que de vez en cuando el título y la responsabilidad que implicaba ser tan influyente le pesaban, pero así era todo en la vida. Esa era una realidad que su despreocupado hermano aún no había descubierto.

—Algún día —vaticinó Colton, mientras se le curvaban los labios al imaginarlo—, cuando llegue el momento en que caigas de rodillas ante una dama joven, yo disfrutaré al máximo.

—Puede —Robert se mostró imperturbable y algo engreído—, pero hasta que eso suceda, cosa que dudo, estaré disponible por si quieres hablar de nuevo sobre cómo tratar a tu bella esposa.